



V

DISCURSO

PRONUNCIADO EN VALPARAISO, POR EL ACADÉMICO ELECTO DON JULIO VICUÑA CIFUENTES, MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES CERVANTINOS, ORGANIZADOS POR LA COLONIA ESPAÑOLA DE AQUEL PUERTO.

¡Bendita sea, señoras y señores, aquella gentilísima Clemencia Isaura, que junto con restaurar el Consistorio del Gay Saber de la pléyade tolosana, creó la noble institución de estos Juegos Florales, cuatro veces centenaria!

Obra de amor y de belleza, sólo una mujer pudiera realizarla. Herencia de hermosura y de generosos estímulos, mujeres sólo pudieran recogerla. Y vos, señora, que, rodeada de vuestra hermosa Corte de Amor, sois la reina de esta fiesta, por inspiración feliz de quien, al elegiros, nos ha anticipado la prueba más elocuente que lograra imaginar, de su admiración por aquella Urania eterna en quien todos soñamos; vos, señora, que desde un trono nunca profanado, embellecido ahora

por las gracias que realzan vuestra juventud, representáis la tradición gloriosa que busca en lo pasado la visión de lo porvenir; vos, señora, que sois en este momento, recreo de los ojos, solaz del espíritu, galardón de felices y alivio de desengaños, permitid que un desconocido vuestro que viene de lejos, se apresure a rendiros el acatamiento a que por dicha le autoriza el rito de esta gentil ficción.

No es este el homenaje que sin duda esperabais, no es el que merecen vuestra hermosura y vuestra juventud; pero ¡qué queréis, señora! la peregrinación ha sido larga hasta encontraros y llego a vos con las sienes encanecidas. Ha nevado mucho en el camino y no he hallado reparo contra las inclemencias del cielo; mas, por un esfuerzo que vuestra juventud no puede comprender, he puesto en salvo una parte de mí, la que anima esta deleznable envoltura, y ella os ofrece el tributo de su admiración, que es lo mejor que puedo ofreceros.

Admitidla, señora, que con admitirla la honráis y le dais valimiento a mis ojos, y otorgadme vuestra venia para decir unas cuantas palabras más, en satisfacción de la tarea que se me ha encomendado.

Imagino, señoras y señores, que si la distinguida comisión organizadora de este hermoso torneo literario, desentendiéndose amablemente de la debilidad de mis fuerzas, me ha concedido tan escaso tiempo para llenar el encargo que vengo a cumplir, ha sido porque deseaba que, sin espacio para meditar lo que os había de decir, mis palabras fueran más espontáneas, ya que, no siendo posible que expresara conceptos madurados por la reflexión, por fuerza tendría que acogerme a los que el sentimiento me dictara.

Yo me conformo, señoras y señores, con su voluntad, y agradezco lo que esta designación tiene de honroso para mí; tiendo en seguida la vista por esta sala, que exornan la hermosura y el talento, y veo pendientes de los bellos ojos de nuestra joven reina, a un grupo de poetas y literatos, algunos, amigos míos, otros, que me son conocidos por sus obras o por la noticia de sus aciertos.

Veo al trovador que ha ganado la flor de oro, quien ya había hecho presagiar el éxito brillante que ahora obtiene, con

la publicación de su *Castillo Interior*, en que celebró a los poetas bohemios y cantó la feria andaluza. ¡Bienvenido sea este hijo de la Madre Patria, que corona sus sienas con las flores que plantaron sus antepasados!

Veo a un distinguido bardo, premiado ya en otro certamen, que recoge nuevos laureles, cantando el *Amor*, alma del mundo y numen eterno de la mocedad.

Veo al discreto y regocijado autor de *Cómo se canta la poesía popular chilena*, a quien las graves atenciones de su sedentaria profesión, no han impedido esta vez seguir a Sancho hasta el cielo.

Pero no veo, y me duelo de ello, al poeta de la raza, vencedor en muchos torneos y distinguido en éste con especialísimo elogio, que con el verso potente y numeroso de las *Canciones de Arauco*, canta hoy la grandeza del habla de Castilla.

Poetas todos, en esta fiesta de amor y poesía, yo saludo en ellos a la más sublime de las artes, aquella por la cual la mente se remonta al cielo, aunque los pies deban seguir hollando el fango de la vida.

Yo os saludo también a vosotros, jóvenes literatos, que honráis la noble y flexible prosa castellana, la que descendió al antro de la vida picaresca con Mateo Alemán, y se elevó hasta Dios con la virgen de Ávila.

Todos sois dignos de loa, no sólo por la excelencia de vuestras obras, sino muy especialmente por haber concurrido a glorificar con vuestro ingenio al mayor de que puede envanecerse la admirable literatura castellana.

Yo venero a Cervantes, señoras y señores, y amo a Don Quijote; amo su divina locura, que nace, no de herencia morbosa ni de amenguamiento de fuerzas, sino de exaltación de ideal, de intensidad de anhelos, de olvido de la realidad ambiente por total inmersión del espíritu en el bello mundo creado por la fantasía.

Amo esa locura, sin la cual no se conciben los genios ni los santos.

«¡Señor, estás loco!» decía el Doctor de la Gracia, el iluminado Obispo de Hipona, conmovido ante la grandeza deslumbradora del Redentor. «¡Señor, estás loco!» repite en nuestros

días el poeta de *Sagesse*, en uno de sus raptos de encendido misticismo; y ni San Agustín ni Verlaine quisieron decir una herejía, sino expresar su admiración ante una sublimidad que no comprendían y que les abrumaba.

Divina locura fué sin duda la que inspiró al Dante su triple visión de la vida extraterrena; divina locura la que dictó a San Juan de la Cruz aquellos versos que parecen escritos para ser cantados por ángeles, según la expresión del gran Menéndez y Pelayo; y divina locura es todo lo incomprendido y admirado, todo lo que deslumbra y ciega.

De esta divina locura estuvo también poseído Cervantes cuando escribió su obra inmortal; pero Cervantes no aparece en ella, sino que se oculta tras la figura colosal de Don Quijote, a quien infunde sus pensamientos y presta sus palabras. Desconocen esto los que en todo tiempo han querido ver en el glorioso manchego, la caricatura de una persona a quien Cervantes aborrecía. ¡Curiosa manera de odiar habría tenido aquel insigne maestro de la vida! ¡Peregrino odio el suyo: odio que enloquece por exaltación de los sentimientos que más honran al hombre; odio que acaricia, odio que ennoblece, odio que immortaliza!

Nó; Cervantes no quiso representar en el protagonista de su obra imperecedera, ni a Carlos V, monarca extranjero a quien tal vez no amaba; ni al duque de Lerma, que sólo desdén y lástima podía inspirarle; ni al gran Lope de Vega, de quien tenía ingratos recuerdos; ni siquiera al modesto hidalgo de Esquivias, que pretendió frustrar el logro de sus amores.

Nó; Cervantes amaba a Don Quijote, y por eso le dió la bondad ingénita de su alma, la elevación de sus pensamientos, su acendrado amor a la justicia y la divina locura en él latente. Loco le hizo atravesar la vida, y sólo le devolvió el juicio en la hora postrera, para significar que el hombre no puede sobrevivir al fracaso de sus ideales.

Nueve años tardó Cervantes en concluir su obra inmortal, como si la vida suya estuviera tan fuertemente ligada a la de su héroe, que le fuera imposible poner fin a ésta, antes que la otra llegara al término de su carrera.

Pero vinieron los oscuros días del invierno de 1615.

La composición de la segunda parte del libro único, iba ade-

lantando lentamente en el humildísimo gabinete del soldado inválido de Lepanto, y su autor parecía dilatar de intento el instante de cerrar sus páginas, tal vez porque no se decidía a tronchar la vida de aquel discretísimo loco, que era la suya propia. Empero, arreciaron los achaques y Cervantes vislumbró la muerte.

Entonces se descorrió el velo de oro que cubría sus ojos; entonces palpó todo el desencanto de una existencia no comprendida; entonces se disiparon los últimos sueños; entonces fué el hombre razonable que desea el mundo. Cervantes comprendió en esos días lo que significaba el derrumbamiento de su divina locura, y cuerdo ya por los desengaños de las últimas horas, devolvió el juicio a Don Quijote y le hizo morir, porque sintió que él también se moría, y como los dos eran uno mismo, no podían sobrevivirse el uno al otro.

Cervantes amaba también a Sancho, porque siendo Sancho hombre vulgar, Cervantes, para dignificarlo, lo contagió con la locura de su amo, y lo elevó por ella hasta merecer la fama de discreto con que le conocemos. Pero Sancho era apenas una sombra caricaturesca de Don Quijote, y su locura, luz prestada de aquel astro que moría. Sancho podía recobrar el juicio sin que el desgarró de un ideal le atormentara. Sancho, pues, podía seguir viviendo, y vivo le dejó Cervantes.

Señoras y señores, un escritor moderno, Anatolio France, ha dicho: «A todos los que amo deseo un átomo de locura». Y yo lo digo también, porque la sana locura que tiene por origen una más alta concepción de los deberes humanos, eleva a quien la padece y rinde frutos de bendición.

¡Desdichado, señoras y señores, el que en su peregrinación por la vida no ha tenido una hora de esta locura! Luz que no alumbrá, fuego que no calienta, planta que no fructifica, árbol que no dá sombra, su recuerdo se hundirá en la noche del olvido, porque atrás no deja corazones que le amen, ojos que le lloren, labios que le recen.

Señoras y señores, la Academia Chilena, correspondiente de la Real Española, a la que tengo la honra inmerecida de representar en esta ocasión, se asocia a vosotros en el inefable homenaje que ahora rendís a la memoria del príncipe de los inge-

nios españoles, bajo cuyo patrocinio vive. Ella también celebra en estos momentos un acto literario solemne, para glorificar, si mayor gloria cabe en quien las tiene todas, al que desde hace tres siglos es lazo de almas y orgullo de una raza.

Esto lo sabéis vosotros.

Pero lo que no sabéis, señoras y señores, aunque sin duda lo conjeturáis, es la satisfacción con que yo iré mañana a contar las remembranzas de esta magnífica fiesta, y lo mucho que habrá de dolerme el no tener elocuencia suficiente para decir cómo la noble colonia española de Valparaíso sabe honrar a los genios de su patria, y cómo sabe secundarla la distinguida sociedad chilena que me escucha.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL